

de la sala del trono de Domiciano y del hundido santuario de Apolo.

Sintió Pedro un gran, estremecimiento [tanta fuerza, tanto orgullo y grandeza! ¡Y qué ruina tan rápida! ¡Un mundo barrido para siempre! ¡Qué aliento nuevo, bárbaro y vengador debió soplar sobre aquella brillante civilización para apagarla así, y en que noche reparadora, en que ignorancia de criatura salvaje, debió caer para anonadarse de una vez con su fausto y sus obras maestras! Preguntábase, Pedro, como palacios enteros poblados aun por sus admirables esculturas, sus columnas y sus estatuas habían podido irse enterrando poco á poco, desapareciendo sin que á nadie se le ocurriese la idea de acudir en su auxilio para salvarlos. A tales obras maestras, que más tarde debían desenterrarse entre gritos universales de admiración ¿no fué una catástrofe que se las tragó como si le ahogasen, cogiéndoles primero las piernas, después la cintura, más tarde el cuello hasta que llegó un día en que la cabeza desapareció bajo la ola ascendente? ¿Y cómo explicar que las generaciones que habían asistido á eso con indiferencia, no tendieron una mano? Dijérase que sobre el mundo se había corrido bruscamente negra cortina y que era otra humanidad la que comenzaba con un nuevo cerebro, que es preciso rellenar y amueblar, Roma se quedó vacía; no se reparó aquello que las llamas ó la espada desmocharon; una incuria extraordinaria dejaba que se hundiesen los edificios demasiado grandes, ya inútiles; esto sin contar con que la nueva religión iba á los alcances á la antigua, se apoderaba de sus templos y derrocaba sus dioses. Sin duda los terraplenes contribuyeron al desastre, porque el suelo iba subiendo siempre; los aluviones del juvenil mundo

cristiano, recubrían y nivelaban la antigua sociedad pagana. Al saqueo de los templos siguió el de los techos de bronce y de las columnas de mármol y el colmo fué más tarde el saqueo de las piedras arrancadas al Coliseo y al Teatro de Marcelo, las estatuas y los bajos relieves hechos pedazos á martillazos para arrojarlos al horno y emplearlos en la fabricación de la cal necesaria á los nuevos monumentos de la Roma católica.

Era cerca de la una cuando Pedro se despertó como de un sueño; el sol caía como en lluvia de oro á través de las relucientes hojas de las verdes encinas, y Roma habíase aletargado á sus piés bajo aquel gran calor. Decidióse á abandonar el jardín dándose poca maña para pisar el desigual pavimento del camino de la Victoria y lleno aun el espíritu de cegadoras visiones. Para que el día fuese completo habíase propuesto ir á visitar por la tarde la antigua vía Appia. No quiso volver á la vía Julia y comió en una hostería del arrabal, en una vasta sala medio á oscuras, completamente solo, oyendo zumbiar las moscas, y allí pasó en el olvido más de dos horas esperando á que declinase el sol.

¡Ah! ¡Aquella vía Appia, antigua reina de las carreteras que atravesaba la campiña con su interminable línea recta, con la doble hilera de sus orgullosas tumbas, no fué para él más que una continuación triunfal del Palatino! Era la misma voluntad de esplendor y de dominación; igual necesidad de eternizar bajo el sol y en el mármol la grandeza romana. El olvido estaba vencido; los muertos no consentían en el descanso, si no que permanecían erguidos para toda una eternidad entre los vivientes, en las dos orillas de ese camino, por el que pasaban las multitudes del mundo entero y las imágenes deificadas de aquellos que ya no eran más que



polvo, siguen mirando aun hoy á los que pasan con sus ojos vacíos y las inscripciones, que todavía hablan, dicen bien alto sus nombres y sus títulos. Desde la tumba de Cœcilia Metella á la que hay en Casal Rotondo, en esos dos kilometros de carretera llana y directa, la doble hilera no se interrumpía antaño, siendo como una especie de cementerio á lo largo, en el cual los ricos y los poderosos luchaban en vanidad á quien dejaría el mausoleo más grande, decorado con más prodigalidad y con más lujo; pasión de la supervivencia, deseo pomposo de inmortalidad, necesidad de divinizar la muerte alojándola en los templos de los que la magnificencia del Campo Santo de Génova y del Campo Verano de Roma, no son más que como lejana herencia. ¡Y qué evocación de tumbas desmesuradas á derecha é izquierda del pavimento glorioso que las legiones romanas hollaron al regresar de la conquista de la tierra! Esa tumba de Cœcilia Metella con sus bloques enormes, tenía los muros lo bastante espesos para que durante la Edad media la convirtiesen en el torreón almenado de una fortaleza. Después todas las que la siguen; las construcciones modernas llevadas á cabo para poner en su sitio los fragmentos de mármol descubiertos en los alrededores; los antiguos macizos de cemento y de ladrillos, despojados de sus esculturas y que aun permanecen en pie como rocas medio carcomidas; los sillares desnudos, indicando aun ciertas formas, los edículos á manera de templo, las columnas truncadas y los sarcófagos colocados sobre altos zócalos. Una admirable sucesión de altos relieves representaba los retratos de los muertos por series de tres y de cinco, de estatuas en pie en las que revivían los muertos en una apoteosis, de bancos en los nichos para

que los transeuntes pudiesen descansar bendiciendo la hospitalidad de los muertos, de laudatorios epitafios celebrando á estos, conocidos y desconocidos, á los hijos de Sixto Pompeyo Justo, los Marcos Servilios Quartos, los Hilarios Fuscus, los Rabirios Hermodoros, sin contar las sepulturas atribuidas al azar á determinados personajes, como sucede con la de Séneca y la de los Horacios y Curiaceos, y, por último, al extremo la más extraordinaria, la más gigante, la que se designa con el nombre de Casal Rotondo, tan grande, que bajo las arcadas que la sustentaban y encima de las que había una doble rotonda, adornada con pilastras corintias grandes candelabros y máscaras escénicas, ha podido establecerse una granja con su bosquecillo de olivos.

Mandó Pedro que le llevase el carruaje hasta la tumba de Cœcilia Metella y desde allí continuó el viaje á pie y con mucha lentitud hasta Casal Rotondo. En algunos parajes aparecía el antiguo pavimento con sus grandes losas cuadradas y pedazos de lava cuarteados por el tiempo y que hacían dar fuertes vaivenes hasta á los coches mejor contruídos. A derecha é izquierda hay dos bandas de hierba en donde se alinean las ruínas de las tumbas, pero es una hierba abundante de cementerio, agostada por los soles del verano y entre la que crecen grandes cardos violáceos y elevados hinojos. Un sencillo muro, de no mucha elevación y hecho de tapial sin argamasa, cierra de cada parte esos márgenes rojizos llenos de enjambres de saltamontes, y al otro lado de esto extiéndese la campiña romana inmensa y árida. Apenas, y cerca de las orillas, y á bastante distancia unos de otros, veíase un gran pino parasol, un eucaliptus, olivares, higueras,



todo ello blanqueado por el polvo. A la izquierda los restos de Acqua Claudia se destacan con su color de hierro oxidado, recostándose sus arcadas sobre el fondo de los prados; escasos cultivos se extienden á lo lejos y viñedos con granjas pequeñas llegando todo ello hasta los montes de la Sabina y de Alba de un azul violáceo en el que las manchas más claras de Frascatí, de Roca di Papa y de Albano, se engrandecen y blanquean á medida que uno se acerca; mientras que á la izquierda, por la parte de mar, la llanura se extiende y se prolonga con vastas ondulaciones sin una casa, sin un árbol, con una grandeza sencilla y extraordinaria formando una línea única, plana en todo, desde un extremo á otro y que la separa del cielo. Durante la fuerza del verano todo abrasa, la ilimitada pradera flamea con los tonos oscuros de la brasa. Desde Septiembre, aquel océano de hierba empieza á reverdecer y se pierde á lo lejos entre el rosa y el amarillado hasta llegar al azul brillante rayado de oro de las hermosas puestas de sol.

Y Pedro, paseando sus meditaciones, iba solo, avanzando con lento paso, á lo largo de la llana carretera, cuya melancólica majestad está formada de soledad y de silencio, árida, recta hasta lo infinito en lo último de la campiña. En su mente empezaba otra vez la resurrección del Palatino, las tumbas de las orillas del camino levantábanse otra vez con la blancura deslumbradora de sus mármoles. ¿No sería allí, al pie de aquel macizo de cemento y de ladrillos, que afectaba la extraña forma de un gran vaso, en donde habían encontrado la cabeza de una estatua colosal mezclada con los restos de esfinges enormes? Y figurábase ver en pie la enorme estatua entre colosales esfinges sentadas.

Más lejos, en la celdita de una sepultura, fué una hermosa estatua de mujer la que encontraron, pero sin cabeza, y la veía entera, con un rostro de gracia y de fuerza que sonreía á la vida. De un extremo á otro las inscripciones se completaban, inscripciones que Pedro leía y comprendía perfectamente, reviviendo como hermano con aquellos muertos de hacía dos mil años. Y el camino se poblaba también, rodando con estrépito los carros, desfilando los ejércitos con paso pesado, el pueblo de la inmediata Roma le codeaba con esa febril agitación de las poblaciones grandes. Estaban bajo los reinados de los Flavios, de los Antoninos, en los años más grandes del imperio, cuando la vía Appia llegó al apogeo de todo el fausto de sus tumbas gigantes, esculpidas y decoradas como templos. ¡Qué carretera monumental de la muerte! ¡Qué llegada á Roma por ese recto camino en que los muertos os acogían introduciéndoos entre los vivos con la extraordinaria pompa de un orgullo que sobrevivía á sus cenizas! ¿En qué pueblo soberano, dominador del mundo, se iba á entrar así, para que se hubiese confiado á sus muertos el cuidado de decir al extranjero que en él nada acababa, ni aun los muertos eternamente glorificados con desmesurados monumentos? ¡Unos subterráneos dignos de una ciudadela, una torre de veinte metros de diámetro para enterrar á una mujer sola! Y habiéndose vuelto Pedro vió con claridad, al extremo de la soberbia carretera resplandeciente, bordeada con los mármoles de sus fúnebres palacios, el Palatino, que se elevaba á lo lejos con los mármoles no menos brillantes de los palacios de los emperadores, enorme amontonamiento de edificios cuya supremacía dominaba toda la tierra.



Extremeci6se de pronto ligeramente; dos carabine-  
ros, á los que no habia visto en aquella desierta llanu-  
ra, salieron de repente de entre las ruinas. El sitio no  
era de los mäs seguros y la autoridad velaba discreta-  
mente por los curiosos hasta en plena tarde. Y mucho  
mäs allá tuvo otro encuentro que le emocion6; fué de  
un eclesiástico, el de un anciano de alta estatura que  
vestía negra sotana ribeteada de rojo y ceñida con una  
faja del mismo color, en el cual reconoció con sorpresa  
al cardenal Boccanera. Este se habia salido del camino  
y paseaba lentamente por la banda de hierba de uno  
de los costados, pasando por en medio de los altos hi-  
nojos y de los ásperos cardos silvestres, y con la cabeza  
baja cruzaba por entre los restos de las sepulturas que  
hollaban sus piés y absorto de tal manera en sus medi-  
taciones que ni siquiera se fijó en el joven presbítero.  
Este se apartó cortesmente admirándole al verle solo y  
tan lejos; después comprendió lo que, era al descubrir,  
tras una construcción inmediata, una soberbia carro-  
za tirada por dos caballos negros, al lado de la cual  
aguardaba inmóvil un lacayo con librea oscura, mien-  
tras que el cochero continuaba en su sitio en el pes-  
cante. Y entonces recordó que no pudiendo los carde-  
nales andar á pie por Roma tenían que salir en coche  
al campo si querían hacer algún ejercicio. Pero, que al-  
tanera tristeza, que grandeza solitaria y como puesta  
aparte, la de aquel anciano meditabundo, doblemente  
príncipe, entre los hombres y en religión, obligado á  
marcharse así al desierto y á pasear por entre las tum-  
bas para poder respirar un poco el aire fresco de la  
tarde!

Pedro se habia entretenido durante algunas horas;  
el crepúsculo se echó encima y pudo asistir á una ad-

mirable puesta de sol. Hacia la izquierda la campiña  
tornábase de color de pizarra, confusa, cortada por las  
amarillentas arcadas de los acueductos, cerrada á lo  
lejos por los montes Albanos que se evaporaban con  
rosados matices; mientras que á la derecha, hacia el  
mar, el astro se bajaba entre nubecillas, entre todo un  
archipiélago sembrado en un oceano de áscuas á medio  
apagar. Y nada más, nada más que ese cielo de záfiro  
estriado de rubís, encima de la inmensa línea recta de  
la plana campiña; nada más, ni un montículo, ni un  
árbol, ni un rebaño. Nada más que la negra silueta del  
cardenal Boccanera, de pié entre las tumbas y que se  
destacaba engrandecido bajo la púrpura postrera del  
sol.

Al día siguiente muy temprano, dominado Pedro  
por la fiebre de verlo todo, volvió á la vía Appia para  
visitar las catacumbas de San Calixto, que es el más  
vasto y el más notable de los cementerios cristianos y  
aquel en que fueron enterrados muchos de los prime-  
ros papas. Se sube á través de un jardín medio arrasa-  
do, cruzando por entre olivos y cipreses; se llega á una  
casucha de tablas y de yeso, en la que han establecido  
un pequeño comercio de objetos religiosos, y allí es en  
donde, por una escalera moderna y relativamente có-  
moda, se puede bajar. Pedro se consideró dichoso al  
encontrar allí trapenses franceses encargados de guar-  
dar y de enseñar á los forasteros aquellas catacumbas.  
Precisamente en aquel momento un hermano iba á  
bajar acompañando á dos señoras, dos francesas, madre  
é hija, la una adorable por su juventud y la otra muy  
hermosa aún. Y ambas sonreían, un poco apuradas, sin  
embargo, mientras el trapense encendía las largas y  
delgadas velillas. El hermano tenía una frente abom-



bada, una fuerte y desarrollada mandíbula, propia del creyente testarudo, y sus pálidos ojos claros revelaban cuán grande era la infantil ingenuidad de su alma.

—¡Ah! Llegáis á tiempo, señor abate... Si estas señoras no tienen en ello inconveniente os reuniréis con nosotros, porque abajo hay ya tres hermanos que acompañan á varios forasteros, y tendríais que esperar muchísimo tiempo... Esta es la estación en que más abundan los forasteros.

Las señoras inclinaron cortesmente la cabeza y el hermano entregó á Pedro una de las delgadas velillas. Ni la madre ni la hija debían ser devotas porque dirigieron una mirada oblicua á la sotana de su acompañante y se pusieron serias. Bajaron y llegaron á una especie de corredor muy estrecho.

—Tened cuidado, señoras,— dijo el religioso alumbrando el suelo con su vela,—y no vayáis deprisa porque aquí hay muchos altos y bajos.

Y dió principio á la explicación con una voz aguda y con una fuerza de certitud extraordinaria. Pedro había bajado en silencio, con la garganta oprimida y muy emocionado, latándole con fuerza el corazón. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en la época inocente en que se hallaba en el Seminario, había soñado con aquellas catacumbas de los primeros cristianos! Y en época posterior, mientras escribía su libro ¡cuántas y cuántas veces no pensó en ellas como en el más antiguo y venerable vestigio de aquella comunidad de los pequeños y de los sencillos á que él predicaba debía volverse! Pero tenía el cerebro lleno con las páginas que han escrito poetas y grandes prosistas acerca de las catacumbas. Las veía á través de ese engrandecimiento de la imaginación y las creía muy vastas, semejantes á ciudades subterrá-

neas con largas calles, con amplias salas capaces de contener muchedumbres ¡y en que realidad más pobre y humilde caía!

—Sí, señora, es cierto, — decía el religioso respondiendo á las preguntas de la madre y de la hija, — esto no tiene mucho más de un metro y dos personas no podrían pasar de frente. ¿Y cómo lo han ahondado? Pues de la manera más sencilla. Una familia, ó una corporación fúnebre, abría una sepultura ¿no es esto? Pues bien, con el pico empezaban ahondando una primera galería en este terreno que estaba formado por una toba granular, una tierra rojiza como veis, á la vez blanda y resistente, muy fácil de trabajar y absolutamente impermeable, una tierra hecha expreso y que conservó maravillosamente los cuerpos.

Interrumpióse para enseñar á la débil luz de su vela los huecos ahondados á derecha é izquierda en las paredes.

—Mirad, esto son los *loculi*... Abrían, como decíamos una galería subterránea, en la cual, á los dos lados, practicaban huecos superpuestos en los que depositaban los cuerpos las más de las veces envueltos en un sencillo sudario, cerrando luego la abertura con una plancha de madera que cubrían con mucho esmero con cemento... Desde luego ¿no es esto así? Todo se explica. Si otras familias se unían á la primera, si la corporación se extendía, iban prolongando la galería á medida que se llenaba y entonces abrían otras á derecha é izquierda, en todos sentidos y llegaban hasta ahondar otro piso debajo de la primera. Mirad; aquí hay una galería que muy bien tiene cuatro metros de alto. Naturalmente se hace uno la pregunta de cómo podían levantar los cuerpos hasta esa altura; pero no



los izaban, sino que por el contrario los bajaban, pues continuaban ahondando el suelo en cuanto la hilera de nichos de abajo estaba llena... Y de esta manera es como aquí, en menos de cuatro siglos, abrieron más de dieciseis kilómetros de galerías en las que han debido enterrar á más de un millón de cristianos. Y las catacumbas existían á docenas; toda la campiña romana está llena de ellas. Pensad en ello y haced el cálculo.

Escuchaba Pedro sobrecogido. En otros tiempos había visitado una mina de carbón en Bélgica y encontraba en la catacumba, los mismos corredores ahogados, la misma pesadez asfixiante y un vacío de oscuridad y de silencio. Las velillas eran lo único que brillaba como estrellitas en las tinieblas que no disipaban. Y al cabo comprendió ese trabajo de termitas funerarios, aquellos agujeros de topo abiertos al azar á impulso de la necesidad, agrandados pero sin arte alguno, sin alineación, sin simetría y al capricho de la herramienta. El suelo desigual, subía y bajaba á cada paso, las paredes estaban al biés y allí no se había hecho nada con el auxilio de la plomada, ni de la escuadra. Aquello no era más que una obra de la necesidad y de la caridad, llevada á cabo por inocentes sepultureros de buena voluntad, de trabajadores sin práctica, caídos en la poca habilidad de la mano y en la decadencia. Esto se notaba más que en nada, en las inscripciones y en los emblemas grabados en las placas de mármol. Al verlo dijérase que se trataba de esos dibujos pueriles que los chiquillos de la calle trazan en las paredes.

—Fijaos y veréis que las más de las veces no hay más que un nombre... otra ni esto y si únicamente las palabras *in pace*... Otras veces hay un emblema, la paloma de la pureza, la palma del martirio ó bien el pes-

cado, cuyo nombre griego está compuesto de cinco letras griegas que son las iniciales de las cinco palabras: Jesu-Cristo Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

Acercaba la vela y se veía la palma con un solo rasgo central herizado con otros más pequeños á los lados; la paloma ó el pescado hechos con un trazo de contorno, con la cola figurada por un zig-zag y los ojos por un punto redondo. Las letras de las lacónicas inscripciones, íbanse de través, siendo desiguales, sin forma, la tosca escultura de los ignorantes ó de los sencillos.

Pero llegaron á una cripta, á una especie de sala, en la que se habían hallado las sepulturas de muchos papas, entre otras varias la de Sixto II, un santo mártir, en honor del cual leíase una inscripción métrica, soberbia, colocada allí por el papa Dámaso y más adelante, en una sala tan pequeña como la otra, veíase la tumba de una familia, decorada más modernamente con inocentes pinturas murales y enseñaban el sitio en que se había descubierto el cuerpo de Santa Cecilia. Continuaba la explicación, comentando el religioso las pinturas, sacando de allí á la fuerza la confirmación irrefutable de todos los sacramentos y de todos los dogmas, el bautismo, la eucaristía, la resurrección, Lázaro saliendo de la tumba, Jonás arrojado á la playa por la ballena, Daniel en el foso de los leones, Moisés haciendo brotar agua de la peña y el Cristo sin barba de las primeras edades haciendo milagros.

—Ya lo estáis viendo, todo esto es auténtico,—repetía,—no hay nada que lo sea más; no se preparó nada.

A una pregunta de Pedro, cuya admiración iba en aumento, convino en que las catacumbas eran primitivamente sencillos cementerios en los que no se celebraba ninguna ceremonia religiosa. Más tarde única-



mente, al llegar el siglo iv, cuando se honró á los mártires, se utilizaron las criptas para el culto. Solo fueron un lugar de refugio durante las persecuciones en las épocas en que los cristianos tuvieron que ocultar las entradas. Hasta entonces habían permanecido abiertas pero de una manera legal. Y esa era la historia verdadera; cementerios de los cuatro primeros siglos, convertidos en lugares de asilo, y aislados durante las persecuciones; venerados en seguida hasta el siglo viii en que las despojaron de sus sagradas reliquias hasta que cayeron en el olvido cegadas por las tierras, ocultas bajo estas durante más de setecientos años y, en tal olvido, que los primeros trabajos que se hicieron para buscarlas en el siglo xv las pusieron de manifiesto como un hallazgo extraordinario, un verdadero problema histórico acerca del cual no se ha dicho la última palabra más que en nuestros días.

—Tened la amabilidad de inclinaros un poco, señoras,—dijo complacientemente el religioso.—Ved en este nicho un esqueleto al que nadie ha tocado. Está ahí desde hace mil seiscientos ó mil setecientos años y eso permite comprender como colocaban los cuerpos... Los sabios dicen que es una mujer... mejor aun una joven... El esqueleto estaba aun intacto el año pasado; pero ya lo veis el cráneo está roto... Fué un norteamericano el que lo hizo con la punta del bastón para asegurarse de que la cabeza no estaba falsificada.

Inclináronse las señoras y sus rostros pálidos iluminados por la luz débil é incierta de las velillas, revelaron una piedad no exenta de horror. La hija sobre todo tan exuberante de vida, con su boca de rojos labios, sus grandes ojos negros, presentóse durante un momento lastimosa y doliente. Y todo cayó en la sombra, cuando

se levantaron las velas y continuaron atravesando las espesas tinieblas á lo largo de las galerías. Durante una hora siguió aún la visita, porque el guía no perdonó ni un detalle, teniendo preferencias por ciertos sitios y excitado por el celo como si trabajase en favor de los viajeros.

Y Pedro siguió examinándolo todo, mientras que en él se operaba una transformación profunda. Poco á poco, y á medida que veía y comprendía, su estupor, su asombro de los primeros momentos al encontrar la realidad tan distinta del embellecimiento con que la adornáran narradores y poetas; su desilusión al haber ido á parar á aquellos agujeros de topo, tan pobre y groseramente labrados en el fondo de aquella tierra rojiza, cambiáronse en una emoción fraternal, en un enternecimiento que le trastornaba el corazón. Y no le sucedía esto al pensar en aquellos mil quinientos mártires, cuyas sagradas osamentas descansaban allí, si no al recordar á aquella humanidad dulce, resignada y alentada por la esperanza en la muerte! Para los cristianos, aquellas oscuras y profundas galerías, no eran más que un lugar temporal de sueño. Si no quemaban los cuerpos, como los paganos, y si los enterraban, era porque habían aprendido de los judíos su creencia en la resurrección de la carne; y esa idea venturosa del sueño, del buen descanso, después de una vida honrada, esperando las recompensas celestes, hacía que considerasen como una dicha la paz inmensa el encanto infinito de la ciudad subterránea. Todo hablaba allí de noche negra y silenciosa; todo dormía en una inmovilidad enagenada, esperando pacientemente hasta el lejano despertar. ¿Había algo más conmovedor que aquellas lápidas de mármol ó de arcilla recocida que ni siquiera



llevaban un nombre y en las que únicamente estaban grabadas las palabras *in pace*, en paz!

¡Estar al fin en paz, dormir en paz y esperar en paz el cielo futuro después de haber llevado á cabo la misión impuesta! Esa paz parecía tanto más deliciosa cuanto la gozaban con una humildad perfecta! Indudablemente los sepultureros trabajaban al azar con irregularidades de obreros poco diestros; los artistas no sabían grabar un nombre ni esculpir una palma ni una paloma. Todo el arte había desaparecido. Pero ¡qué humanidad joven se elevaba de aquella pobreza, de aquella humildad y de aquella ignorancia! Los pobres, los pequeños, los míseros, el pueblo pululando echado, adormecido bajo la tierra, mientras que allá arriba el sol continuaba su obra. Una caridad y una fraternidad en la muerte; el esposo y la esposa con frecuencia reposando juntos y con el niño á sus pies, la oleada desbordante de los desconocidos que hacía desapareciese el personaje, el obispo, el mártir, la más conmovedora de todas las igualdades, la de la modestia en el fondo de aquel polvo, los nichos iguales, las lápidas sin un adorno, la misma discreción y la misma ingenuidad confundiendo las hileras sin fin de adormecidas cabezas. Era muy raro que aquellas inscripciones se permitiesen ninguna alabanza y si las había cuan prudentes, cuan delicadas eran; los hombres muy piadosos y muy dignos, las mujeres cariñosas, castas, bellas. De todo ello desprendíase un perfume infantil, una ilimitada ternura y ámpliamente humana; la de la muerte en la primitiva comunidad cristiana, de esa muerte que se ocultaba para revivir y que no soñaba con el imperio del mundo.

De una manera brusca vió Pedro evocarse ante su

memoria el recuerdo de las tumbas de la víspera, aquellos suntuosos sepulcros que había evocado en las dos orillas de la vía Appia y que hacían gala á la luz del sol del orgullo dominador de todo un pueblo. Relumbraban con soberbia ostentación, con sus dimensiones colosales, su amontonamiento de mármoles, sus inscripciones indiscretas, sus obras maestras de la escultura, frisos, bajos y altos relieves, estatuas. ¡Ah! ¡Qué avenida más pomposa de la muerte en pleno campo raso, conduciendo, como en una vía triunfal, á la ciudad eterna y reina, y que contraste más extraordinario cuando se la comparaba á la ciudad subterránea de los cristianos, á esa ciudad de la muerte oculta, tan dulce, tan hermosa y tan casta! En esta no había más que sueño, una noche apetecida y aceptada, una serena resignación á la que no costaba ningún esfuerzo entregarse al buen descanso de la sombra, esperando las dichas del cielo: y no se encontraba, hasta que se hallaba moribundo el paganismo y perdía su belleza, esa falta de habilidad de los ingenuos obreros que contribuía á dar cierto encanto á esos cementerios, ahondados en lo profundo del suelo, lejos del sol, en la noche profunda de la tierra. Tal vez descansaban en aquellas humildes tumbas millones de seres acostados en aquellas sepulturas ahondadas en la tierra horadada, como por prudentes hormigas. Habrían dormido su sueño durante siglos y seguirían durmiéndolo, misteriosos, mecidos por el silencio y la oscuridad, si los hombres no hubiesen turbado su deseo de olvido antes de que las trompetas del juicio final les llamasen á resurrección. La muerte habló entonces de la vida, pues no se había encontrado nada más viviente, de una vida más



intima y más conmovedora que aquellas ciudades de muertos sin nombre, ignorados é incontables. En otros tiempos salió de ellas un soplo inmenso, el aliento de una humanidad nueva que iba á renovar el mundo. Con la humildad, con el desprecio de la carne, con el rencor aterrado de la naturaleza, el abandono de los goces terrestres y la pasión de la muerte que abre y cierra el paraíso, empezaba otro mundo. Y la sangre de Augusto, tan orgulloso al mostrar su púrpura al sol, tan relumbrante de soberano dominio, pareció como que se ocultaba durante un momento, como si la tierra nueva la hubiese absorbido en el fondo de sus tinieblas sepulcrales.

El religioso insistió en su empeño de enseñar á aquellas señoras la escalera de Diocleciano y les contó la leyenda.

—Sí, un milagro... Bajo ese emperador, los soldados perseguían á los cristianos que se refugiaron en estas catacumbas y cuando aquellos entraron siguiéndolos, se rompió la escalera y se cayeron todos... Los escalones están hundidos aun hoy en día. Venidlo á ver, pues es á dos pasos de aquí.

Pero aquellas señoras estaban muy cansadas, dominadas por un malestar muy grande producido por la obscuridad de aquellos lugares y por haber oído tantas historias de muertos, y se empeñaron en subir. Aparte de esto las delgadas velillas estaban acabándose y todos experimentaron como un deslumbramiento cuando llegaron á lo alto y se detuvieron ante la tiendecita de objetos piadosos. La señora joven, compró un pisa papeles, un pedazo de mármol en el que estaba grabado el pez, el símbolo de Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador de los hombres.

La tarde de aquel mismo día tuvo empeño Pedro en visitar la basílica de San Pedro. Hasta entonces no conocía más que la grandiosa plaza que había atravesado en coche, viendo su obelisco, sus dos fuentes en el gran cuadro de la columnata de Bernin, esa cuadruple hilera de columnas y de pilastras que hace á la plaza como una cintura de monumental majestad. En el fondo se eleva la basílica, encogida y achaparrada por su fachada, pero llenando el cielo con su cúpula soberana.

Bajo el sol ardiente extendíanse pendientes empedradas, desiertas; sucedíanse los escalones bajos, carcomidos y blanqueados por el uso y Pedro entró. Eran las tres de la tarde, grandes haces de rayos luminosos caían desde las elevadas cuadradas ventanas, mientras que se celebraba una ceremonia, vísperas sin duda, que comenzaban en la capilla Clementina á la izquierda; pero no pudo oír, pues no le impresionó nada más que la inmensidad de la nave. A pasos lentos, con los ojos al aire, recorrió aquellas desmesuradas distancias. Todo era grande desde la entrada: gigantescas pilas de agua bendita con sus ángeles regordetes como amorcillos; la nave central, la colosal bóveda redonda, adornada con artesonados; lo eran sobretudo en el crucero los cuatro pilares cicópleos que sostienen la cúpula, como también los altares laterales que forman los brazos de la cruz y el ábside, cada uno de los cuales es por si solo tan grande como una de nuestras iglesias. Le impresionaron también la pompa orgullosa, el fausto esplendente, aplastante; la cúpula que, semejante á un astro, resplandecía con tonos vivos y combinados de los mosaicos; el suntuoso sólio, cuyos broncees se sacaron del Pantheon, y que corona el altar mayor erigido



sobre la tumba misma de San Pedro, y desde cuyo altar baja la doble escalera de la Confesión, que iluminan las ochenta y siete lámparas continuamente encendidas; por último los mármoles, una profusión, una prodigalidad de ellos extraordinaria; de mármoles blancos, de mármoles de color, puestos de muestra, amontonados ¡ah! ¡Esos mármoles policromos de que Bernin tuvo la locura lujosa; el espléndido enlosado en que todo el edificio se refleja; el revestimiento de los pilares adornados con medallones que representan papas y alternan con otros en que están grabadas la tiara y las llaves y que sostienen mofletudos ángeles; los muros cargados de atributos, entre los cuales se repite por todas partes la paloma de Inocencio X; los nichos con sus colosales estatuas de un gusto barroco; las tribunas y sus barandas, la balaustrada de la doble escalera de la Confesión, y los altares ricos y los sepulcros más ricos aún! Todo, la gran nave, las bajas, las laterales, el ábside, era de mármol, sudaban el mármol, resplandecían con la riqueza del mármol sin que se pudiese descubrir un rincón del tamaño de la palma de la mano que no estuviese cubierto y no hiciese la insolente ostentación del mármol. Y la Basílica triunfaba sin discusión, reconocida y admirada por ser la iglesia más grande y más opulenta del mundo, la enormidad en la magnificencia.

Pedro seguía andando, vagaba errante por las naves, mirando abrumado á todas partes y sin distinguir nada. Se detuvo un momento ante el San Pedro de bronce, de rígida hierática apostura sobre su gran zocalo de mármol. Algunos fieles se acercaban para besarle el pulgar del pie derecho lo que unos hacían limpiándolo antes, y otros sin enjugarlo lo besaban, apo-

yaban la frente y después lo volvían á besar. Volvióse en seguida al altar lateral de la izquierda, el que formaba el brazo de la cruz, en el que se hallan los confesionarios y en los que hay constantemente presbíteros prontos á confesar en todas las lenguas mientras que otros esperan armados con una larga varita con la que golpean ligeramente en la cabeza á los fieles que se arrodillan ante ellos, y á los que, con ese golpecito, se conceden treinta días de indulgencias. Había, sin embargo, poca concurrencia y los curas confesores pasaban el tiempo escribiendo ó leyendo, lo mismo que si dentro de los estrechos Confesionarios estuviesen en su casa. Y volvió á encontrarse ante la confesión llamándole la atención las ochenta y siete lámparas tan brillantes como estrellas. El altar mayor, en el cual solo puede officiar al papa, parecía tener una altanera melancolía de soledad bajo el florido y gigantesco solio de bronce, cuya mano de obra y dorado habían costado más de medio millón. Acordóse después de la ceremonia que se estaba celebrando en la capilla Clementina, y se asombró por que no oía absolutamente nada. Creyó que la habrían terminado y quiso asegurarse de ello, y entonces, á medida que se iba acercando, se apercibió de un soplo ligero, como una tocata de flauta que viniese de muy léjos. Esto fué aumentando y no se conoció que se trataba de órgano hasta que estuvo delante de la capilla. Rojas cortinas corridas delante de las ventanas tamizaban el sol y la capilla estaba enrojecida con una claridad de horno y llena de la sonoridad de una música grave; pero ¡cuanto se perdía, cuanto se reducía en la inmensidad de aquella nave hasta el extremo de que á sesenta pasos de la capilla no se oían ni las voces ni el sonoro resonar de los órganos!



Al entrar, creyó Pedro que la iglesia estaba completamente vacía, inmensa y muerta; después se apercibió de la presencia de algunos seres, adivinados á lo léjos. Había allí gente, pero tan espaciada, tan contada, que aquello era como si no hubiese nadie. Los viajeros ansiosos se perdían allí fatigando sus piernas y llevando en la mano la guía. En medio de la gran nave un pintor con su caballete tomaba una vista del templo con tanta tranquilidad, como si se hubiese hallado en un museo público. Desfiló enseguida todo un seminario francés, guiado por un prelado que les explicaba los monumentos; pero esas cincuenta, esas cien personas, no eran nada, apenas causaban aun más efecto en aquella extensión tan grande que el de unas cuantas hormigas negras extraviadas, buscando azaradas su camino. Y desde luego la sensación neta que experimentó fué la de que se hallaba en un gigantesco salón de gala, en una verdadera «sala de pasos perdidos», de un palacio de dimensiones desmesuradas. Las grandes manchas de luz, que se proyectaban en el suelo, y que entraba por las cuadradas ventanas sin cristales de color, iluminábanlo todo con cegadora claridad y la atravesaban de parte á parte con su gloria. Allí no había ni un banco ni una silla, nada más se veía que un enlosado soberbio y desnudo hasta el infinito, un enlosado de museo, que hacía espejismos bajo la lluvia movediza de los haces de rayos de luz. No había ningún rincón para el recogimiento, ni un sitio con sombra y misterio para arrodillarse y rezar. Por todas partes la claridad viva, el deslumbramiento de una soberanía y de una suntuosidad de pleno día. Y á él le impresionó aquella sala de ópera, tan desierta, iluminada con tales fulgores de oro y de púrpura porque llegaba allí con el

sobrecogimiento de nuestras catedrales góticas, en las que oscuras muchedumbres rezan y sollozan entre un bosque de pilares. ¡Y él que llevaba el dolorido recuerdo de la arquitectura y de la estatuaria expresiva y demacrada de la Edad Media, que toda es alma, se halló en medio de aquella majestad aparatosa, de una pompa enorme y vacía que era todo cuerpo! En vano buscó una pobre mujer arrodillada, un sér que tuviese fé ó sufriese y que en una media claridad pudorosa se abandonase á lo desconocido y hablase con la boca cerrada con lo invisible. Allí no había otra cosa más que el fatigoso ir y venir de los curiosos viajeros; el aire atareado de los prelados acompañando á los presbíteros jóvenes á las estaciones obligatorias; mientras tanto que continuaban las vísperas en la capilla de la izquierda sin que el ruido llegase á oídos de los que visitaban la iglesia más que como una onda confusa, el tañido de una campana colocada fuera y léjos y que bajase á través de las bóvedas.

Comprendió Pedro que allí estaba el espléndido esqueleto de un coloso monumental, cuya vida se iba retirando. Eran precisas para llenarlo y para animarlo con su alma verdadera, las magnificencias todas de las pompas religiosas. Se necesitaban allí los ochenta mil fieles que puede contener la nave, las grandes ceremonias pontificales, el esplendor de las fiestas de Navidad y de Páscoa, desfiles y cortejos que desarrollasen el lujo sagrado, con decoraciones y escena de grande ópera. Evocó lo que sabía de la magnificencia de ayer: la basílica llena de bote en bote desbordándose de ella una multitud idólatra, el cortejo sobrehumano desfilando en medio de las frentes prosternadas; la cruz y la espada abriendo la marcha; los cardenales desfilando de dos



en dos como dioses de pléyade, revestidos con roquete de encaje, con sotana y manto de moaré rojo y del que los caudatarios llevaban la larga cola; por último el papa, como Júpiter todo poderoso, llevado en andas de rojo terciopelo, sentado en un sillón rojo y oro y vestido de blanco con capa pluvial de tisú de oro, la estola dorada y la tiara cubierta de pedrería de gran valor. Los porteadores de la «silla gestatoria» espléndidamente vestidos con sus túnicas rojas bordadas con seda. Los *flabelli* agitando por cima de la cabeza del pontífice único y soberano, los grandes abanicos de costosas plumas semejantes á los que en tiempos lejanos agitaron el aire ante los ídolos de la antigua Roma ¡y que corte más espléndida, gloriosa y deslumbrante al rededor de la triunfal silla gestatoria! Figuraba allí toda la familia pontifical, la oleada de los prelados asistentes, patriarcas, arzobispos, obispos, vestidos de oro y cubiertas las cabezas con áureas mitras; los camareros secretos participantes con sus trajes color violeta; los camareros de capa y espada participantes llevando el traje de terciopelo negro con gorguera y cadena de oro y tras estos el inacabable séquito eclesiástico y laico, que necesita más de cien páginas de la *Jerarquía* para ser enumerado; los protonotarios, los capellanes, los prelados de todas clases y grados, sin contar con la casa militar; los gendarmes con gorra de pelo; los guardias palatinos con pantalón negro y levita azul; los guardias suizos con coraza de plata y calzas rayadas de amarillo, negro y rojo; los guardias nobles soberbios con su lujosa vestimenta, sus altas botas, su calzón de piel blanca, levita bordada de oro y las sardinetas, cordones y casco de oro.

Pero desde que Roma era capital de Italia, las puer-

tas no se abrían de par en par, si no que por el contrario, las cerraban con celoso cuidado; y en las contadas ocasiones en que bajaba el papa á officiar, á mostrarse como el supremo elegido, Dios encarnado sobre la tierra, la basilica no se llenaba más que de convidados que, para entrar, tenían que presentar la esquila de invitación. Aquello ya no era el pueblo, los cincuenta, los sesenta mil cristianos corriendo, agolpándose, amontonándose al azar de la oleada; era la elección, la concurrencia amiga, escogida para solemnidades particulares y á puerta cerrada, y hasta en aquellos casos en que se llegaban á reunir algunos millares, no había más que un público limitado, convidado al espectáculo de un concierto mónstruo.

Y cada vez más, y á medida que recorría ese museo frío y magestuoso, en medio del brillo duro de los mármoles, estaba Pedro penetrado de la sensación de que se hallaba en un templo pagano, levantado al diós de la pompa y de la luz. Un templo de la Roma antigua hubiera sido enteramente igual, con las paredes revestidas con los mismos mármoles policromos, iguales preciosas columnas é idénticas bóvedas con dorados artesonados. Esa misma sensación debía experimentar con mayor intensidad al visitar las otras basílicas que iban á concluir por hacer que conociese la verdad indiscutible. Fué al principio la iglesia cristiana instalándose con toda audacia y tranquilidad en el templo pagano: San Lorenzo *in Miranda*, que se instaló como en su casa en el templo de Antonino y de Faustino, del que conservó el lujoso pórtico de mármol cipolino y el hermoso cornisamento de mármol blanco; ó bien la iglesia cristiana que retoñaba de un tronco caído, del antiguo edificio destruído, como el San Cle-



mente actual, por ejemplo, bajo el que hay siglos de creencias contrarias estratificadas, un monumento muy antiguo del tiempo de la república, otro de la época del imperio, en el que se reconoció recientemente un templo de Mithra, en fin, una basílica de la primitiva fé. Seguía enseguida la iglesia cristiana, como Santa Ana del Campo, construyéndose bajo el mismo modelo de la basílica civil de los romanos, del tribunal y de la bolsa que acompañan á todo Foro, y era más que nada la iglesia cristiana construída con los materiales sacados de los templos paganos en ruínas; las dieciseis columnas de esa misma Santa Ana, de distintos mármoles y cogidas indudablemente en diversos templos; las veintiuna columnas de Santa María del Transtíbere, de todos los órdenes, arrancadas de los templos de Isis y Serapis, y en cuyos capiteles consérvanse aún por cierto las figuras con que se las adornaron; las treinta y seis columnas de Santa María la Mayor, de orden jónico, procedentes del templo de Juno Lucinia; las veintidos columnas de Santa María de Aracœli, todas de materias distintas, lo mismo que es desigual su procedencia, dimensión y trabajo, y que la leyenda quiere que algunas hayan sido quitadas al mismo Júpiter, al templo de Júpiter Capitolino que se elevaba en el mismo sitio en la sagrada cima. Aun hoy los templos de la rica época imperial renacen en las basílicas suntuosas, en San Juan de Letrán y en San Pablo de fuera de los muros. La basílica de San Juan de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias, desenvolviendo sus cinco naves, divididas por cuatro hileras de columnas, alineando sus doce estátuas de los Apóstoles, como un doble alineamiento de dioses conduciendo al maestro de los dioses, prodigando los bajo relieves, los frisos y

las cornisas ¿no era el palacio de honor de una divinidad pagana cuyo opulento reinado pertenecía á este mundo? Y, en San Pablo sobre todo, tal y conforme lo han terminado con sus esplendores de los mármoles nuevos ¿no se encuentra la mansión de los Inmortales del Olimpo, el templo tipo, la majestuosa columnata bajo el techo plano, con dorados artesonados, el pavimento de mármol de una belleza de materiales y de trabajo incomparables, las pilastras con los zócalos violeta y los capiteles blancos, el cornisamento blanco con friso violeta y por todas partes la combinación de esos dos colores de una harmonía divinamente carnal, que hacía pensar en los cuerpos soberanos de las grandes diosas bañadas por la aurora? En ninguna parte, ni mas ni menos que en San Pedro, no había ni un rincón de sombra, ni un rincón misterioso, abriéndose sobre lo invisible. Y al menos San Pedro seguía siendo el monstruo por su derecho de coloso, grande entre los más grandes, testimonio desmesurado de lo que puede la locura de lo enorme cuando el orgullo humano sueña en alojar á Dios, á fuerza de derrochar millones, en una mansión de piedras, demasiado grande y demasiado opulenta en la que el hombre triunfa en su nombre.

Era pues á ese coloso de la opulencia á donde había ido á parar después de muchos siglos el fervor de la fé primitiva. Allí se veía una muestra de esa sávia romana que retoñó en monumentos poco razonables, exagerados. Parece que los amos absolutos que sucesivamente han reinado, aportaron con ellos esa pasión de la construcción ciclópea y la implantaron en la tierra en que crecieron, porque se la han transmitido sin traba, de generación en generación. Es una vegetación continua de la vanidad humana, la necesidad de ins-



cribir su nombre en un muro, de dejar tras sí, después de haber sido el amo de la tierra, una huella indestructible, la huella tangible de toda esa gloria de un día, el edificio eterno de bronce y de mármol que dará testimonio de todo, hasta el fin de las edades. En el fondo no hay en todo esto más que el espíritu de conquista, la orgullosa ambición de la raza, siempre deseando dominar el mundo, y cuando todo se ha derrumbado, cuando una nueva sociedad renace de las ruínas y se puede creer que curó del orgullo, impregnándose de humildad se comete un error, por que en sus venas tiene la sangre vieja, cede de nuevo á la insensata insolente, locura de los antepasados, presa de toda la violencia de la herencia, en cuanto se hace grande y fuerte. No hay un solo papa ilustre que no haya querido construir, que no haya reanudado la tradición de los Césares, eternizando su reinado sobre la tierra, haciéndose levantar templos á su muerte para pasar al rango de los dioses. Estalla el mismo deseo de inmortalidad y hay la lucha de quien será el que deje el monumento más grande, más sólido y magnífico, y es tan aguda la enfermedad que, aquellos que, menos afortunados, no han podido construir y se han tenido que limitar á reparar, se han apresurado á transmitir á la posteridad la memoria de sus modestos trabajos, mandando colocar lujosas lápidas de mármol en las que se graban pomposas inscripciones; de ahí el continuo hallazgo de esas placas y el que no haya ni una pared reforzada sin que un papa no la haya timbrado con sus armas, ni una ruína restaurada, ni un palacio arreglado, ni una fuente limpiada, sin que el papa reinante no firme la obra con su título romano de Pontífice Máximo. Es esto con una frecuencia grande, un involuntario derroche, la florescencia

fatal de ese terreno formado desde hace dos mil años por escombros. Los monumentos surgen sin cesar de ese polvo de monumentos. Y se pregunta uno si Roma ha sido jamás cristiana dada esa perversión con que el antiguo suelo romano ha contaminado en seguida la doctrina de Jesús con esa voluntad de dominación, con ese deseo de la gloria terrestre que constituyeron el triunfo del catolicismo, con desprecio de los humildes y los puros, de los fraternales y de los sencillos del cristianismo primitivo.

Entonces, de pronto, y á impulsos de brusca iluminación, vió Pedro resplandecer la verdad y resumirse en él, en el momento en que, por segunda vez, daba la vuelta á la basílica inmensa, admirando las tumbas de los papas. ¡Ah! ¡Esas tumbas! Allá abajo en el campo raso, bajo el pleno sol, en las dos lindes de la Vía Appia, que era algo como la entrada triunfal de Roma que conducía al extranjero al Palatino augusto, ceñido con una diadema, se elevaban las gigantescas tumbas de los poderosos y los ricos, de un esplendor de arte, de sin igual magnificencia, que eternizaban en el mármol el orgullo y la pompa de una raza fuerte y dominadora del mundo. Cerca de esas tumbas, en el fondo de la tierra, en plena noche discreta, en miserables agujeros de topo, ocultábanse otras sepulturas, las de los pequeños, de los pobres, de los humildes y de los que sufren, tumbas sin arte ni riqueza y cuya humildad decía claramente que un soplo de ternura y de fraternidad pasó por allí; que un hombre vino á predicar la fraternidad y el amor, el abandono de los bienes de esta vida por las bienaventuranzas de la vida futura confiando á la nueva tierra la buena semilla de su Evangelio, sembrando la nueva humanidad que iba á



transformar el mundo. Y he aquí que de esa semilla hundida en el suelo durante los siglos; he ahí que de esas tumbas tan humildes, tan desconocidas, en las que los mártires dormían dulce eterno sueño, esperando el glorioso despertar, nacieron otras tumbas tan gigantescas y fastuosas con las antiguas y destruidas de los ídólatras, elevando sus mármoles entre los esplendores paganos de un templo, dando muestras del mismo orgullo sobrehumano, de la misma desmedida y loca pasión de la dominación universal. En el Renacimiento volvióse Roma pagana; la vieja sangre imperial vuelve á subir y arrastra al cristianismo bajo el ataque más rudo que haya podido sufrir nunca. ¡Ah! ¡Esas tumbas de los papas en San Pedro, con su glorificación insolente, con su enormidad carnal y lujosa, desafiando la muerte y colocando la inmortalidad sobre la tierra! Son papas de bronce desmesurados; son figuras alegóricas, ángeles equívocos, hermosos como muchachas, mujeres deseables con gargantas, pechos y caderas de diosas. Pablo III está sentado sobre elevado pedestal y teniendo á la Justicia y la Prudencia medio echadas á sus piés; Urbano VIII está entre la Prudencia y la Religión; Inocente XI entre la Religión y la Justicia; Inocente XII entre la Justicia y la Caridad; Gregorio VIII entre la Religión y la Fuerza; Alejandro VII de rodillas, acompañado de la Prudencia y de la Justicia, tiene delante á la Caridad y á la Verdad y un esqueleto que se levanta mostrando un reloj de arena vacío. Arrodillado también triunfa Clemente XIII encima de un sarcófago monumental en el que se apoya la Religión sosteniendo la cruz, mientras que el genio de la Muerte, que se halla en el ángulo de la derecha, tiene á sus piés dos leones enormes símbolo de la

supremacía. El bronce revela la eternidad de las figuras; los mármoles blancos muestran bellas opulentas carnes y los de color se envuelven en ricos paños notables por su plegado, elevándose los monumentos en plena apoteosis bajo la luz viva y dorada de las inmensas naves.

Y Pedro pasó del uno al otro y continuó andando á través de la Basílica llena de luz, soberbia y desierta. Sí, esas tumbas de imperial ostentación, se unian con aquellas otras de la Vía Appia. Era con seguridad Roma, la tierra de Roma, esa tierra en la que el orgullo y la dominación crecían como la hierba en el campo, que hizo del humilde cristianismo primitivo el catolicismo victorioso, aliado de los ricos y de los poderosos, gigantesca máquina de la gobernación preparada para la conquista de los pueblos. Los papas se despertaron césares. Y la lejana herencia obraba, la sangre de Augusto había brotado otra vez, corriendo por sus venas y abrasándoles el cráneo con desmesuradas ambiciones. Solo fué Augusto el que realizó el imperio del mundo, siendo á la vez emperador y gran pontífice, dueño de los cuerpos y de las almas. De ahí el eterno sueño de los papas, desesperados al no poder obtener más que el poder espiritual, obstinándose en no ceder nada del temporal con la esperanza secular, jamás abandonada, de que ese sueño, realizándose aun, hará del Vaticano otro Palatino, desde el que ellos reinarán como déspotas absolutos sobre las naciones conquistadas.

---